

LIBRO I

LA CONSTITUCION INGLESA

CAPITULO I

El Pueblo Inglés.

EL REINO-UNIDO de la GRAN BRETAÑA e IRLANDA es el archipiélago más grande de Europa. Igual próximamente a Noruega, tiene 315,000 kilómetros cuadrados, es decir, algo menos que las superficies unidas de los Estados de Chihuahua y Coahuila de la República Mexicana, que suman, poco más o menos, 389,018 kilómetros. Con su séquito de islas e islotes la Gran Bretaña quita al mar 230,000 kilómetros cuadrados. Muy larga y más ancha al Sur que al Norte, da sobre un mar, que ha esculpido con magnificencia sus riberas. La línea quebrada de sus costas pasa de 4,500 kilómetros, y al Sur, en su parte más ancha, no hay lugar situado a 90 kilómetros de la orilla del mar, donde el agua salada no penetre por sus ríos (1). Sus estuarios han desempeñado un papel muy importante durante las conquistas del país, por haber facilitado a los invasores, que sus buques penetraran hasta el corazón de la Isla. Desde la orilla oriental, antes cubierta por pantanos insalubres e invadidos por la baja marea, y ahora rescatados al mar, la tierra se eleva gradualmente alternando con agradables valles, pequeñas colinas que culminan en una cadena de bajas montañas, que se extienden hacia el Oeste. La Gran Bretaña tiene casi la misma latitud que El Labrador, sin embargo, debido a las co-

(1) Reclus, Geografía Universal, Tomo I, pág. 76

orientes del mar, el clima tiene la benignidad de algunos países de la América del Sur. Las continuas lluvias, que caen durante semanas enteras y su aproximación al mar, hacen al país húmedo y de un aspecto triste, cubierto casi siempre de neblías. Pero, en general, puede decirse, que su clima es confortable, no se sufre en él, ni un calor enervante, ni un frío deprimente, por el contrario, excita a sus habitantes a un vigoroso ejercicio al aire libre, pues como decía uno de sus Reyes "no hay país alguno en el mundo, donde pueda gozarse del *sport* por tantos días en el año y por tantas horas en un día"

H. Taine, que estudia el climá de Inglaterra como uno de tantos factores psicológicos, le describe en tan desfavorables términos, que inspiran una concepción tétrica "En los momentos apacibles—dice—en los serenos días de verano, la húmeda bruma extiende sobre el horizonte un velo gris-perla, el mar tiene el color de una pizarra pálida, y los barcos desplegando su velamen marchan pacientemente en medio del vapor. Pero miremos en torno de nosotros, y veremos en seguida las señales del peligro cotidiano. La costa aparece labrada, las olas han ganado terreno sobre ella, los árboles han desaparecido, la tierra se halla empapada con los continuos chubascos, el Océano es siempre allí intratable y feroz. Buge y brama eternamente el ronco monstruo, y la legión clamorosa de las olas avanza como un ejército infinito, ante el cual debe ceder toda fuerza humana. Piénsese en los meses de invierno, en las tempestades, en las largas horas del marinero, traqueteado, arrollado ciegamente por los ventarrones! Ahora, y en este buen tiempo, por todo el círculo del horizonte ascienden nubes pálidas, que no tardan en parecer una densa humareda, algunas de una blancura deslumbradora y frágil, tan hinchadas, que se les ve próximas a deshacerse. Sus pesadas masas caminan, se entumescen, y a trechos, en la llanura sin límites, un chubasco enturbia un trozo de cielo. Al cabo de un instante, el mar toma un tinte cadavérico,

sus olas saltan con extraños giros y adquieren tintes oleosos y lívidos. La enorme cúpula gris cierra todo el horizonte, y se desploma una lluvia densa, despiadada. No se tiene idea de ella hasta haberla visto. Cuando las gentes del Sur, los Romanos llegaron allí por primera vez, debieron creerse en el infierno. El dilatado espacio que se extiende entre el suelo y el cielo y con el cual cuentan nuestros ojos como con su dominio, falta de repente, no hay aire ya, no se ve más que niebla líquida. Adiós colores y formas. En esa humareda amarillenta, los objetos semejan fantasmas borrosos, la naturaleza parece un mal esbozo al carbón, por donde un niño ha pasado torpemente la manga. Hémos en New Haven y luego en Londres. El cielo descarga la lluvia, la tierra envía la niebla, la niebla se arrastra por entre la lluvia, todo está anegado, si miramos en torno nuestro, nada nos dice, que esto deba acabar nunca. Estamos verdaderamente en la comarca cimmeria de Homero, los pies chapotean, no hay ya nada qué hacer con los ojos; todos los órganos parecen obstuidos, embohecidos por la humedad, se cree uno fuera del mundo respirable, reducido a la condición de seres palustres, habitante de las aguas cenagosas, vivir aquí, no es vivir. Hay, sin embargo, aquí bellezas encantadoras y conmovedoras las del país húmedo. Cuando en un día medio sereno se sale al campo, y se llega a una altura, los ojos experimentan una sensación única y un placer que no conocían. Por todos los ámbitos del horizonte, en las llanuras y en las colinas dilátase el verdor eterno, plantas forrajeras y hortenses, alfalfa, lúpulo, praderas admirables de alta y tupida yerba; acá y allá arboledas frondosas, pastos cercados por setos donde rumian tranquilamente vacas perezosas. La niebla sube insensiblemente por entre los árboles, y las lejanías nadan en un vapor luminoso. No hay en el mundo nada más dulce y delicado que esas tintas, horas enteras se detendría uno a mirar aquellas nubes satinadas, aquel fino plumón aéreo, aquella blanca gasa transparente que aprisiona los

rayos del sol, los embota y no les permite llegar a la tierra más que sonrientes y acariciadores. Ante la extrañeza, ante la rareza de ese espectáculo, se comprende por primera vez la vida del país húmedo. El agua multiplica y ablanda los tejidos vivos, las plantas pululan y no tienen jugo, la alimentación abunda, y no tiene sabor, la humedad produce, pero el sol no elabora. Mucha yerba, mucho ganado, mucha carne." Y de estas condiciones climatéricas, el ilustre filósofo infiere el temperamento absorbente y flemático del inglés, su naturaleza tosca, pero potente, que como una máquina sólida gira lentamente sobre sus goznes, de tal modo que sus diversas piezas parecen independientes, o por lo menos, que necesitan tiempo para transmitirse los choques. "Sus ideas no se revelan desde luego en pasiones, en gestos, en acciones. Como en el flamenco y el alemán se detienen desde luego en el cerebro, el hombre no experimenta ninguna sacudida, no le cuesta trabajo permanecer inmóvil, no se siente arrastrado, puede obrar juiciosa y uniformemente porque su motor interior es una idea, o una consigna; no una emoción o un incentivo. Sabe aburrirse, o mejor, no se aburre, lo ordinario en él son las sensaciones insulsas, y la insípida monotonía de la vida maquinales no tiene nada que deba repelerle. Está hecho a ella, y con ella concuerda su naturaleza. Por otra parte, semejante clima prescribe la acción, veda la ociosidad, desarrolla la energía, enseña la paciencia. No hay más remedio que amoldarse a él para vivir; renunciar allí al goce delicado y saboreado, al deleite de dejar correr la vida, a la ociosidad negligente, al recreo de los ojos, a la expansión fácil y armoniosa de la naturaleza artística y animal; se comprende que hay que casarse, criar un rebaño de hijos, adquirir las preocupaciones y la importancia del jefe de familia, enriquecerse, pertrecharse contra el mal tiempo, rodearse de bienestar, hacerse protestante, industrial, político, capaz, en resumen, de actividad

y de resistencia, y sufrir y luchar en todas las vías abiertas al hombre" (1)

Tal parece que Taine deriva todas las cualidades del carácter inglés de una sola fuente. el medio; dejando sin efecto las otras, que él mismo considera como causantes del estado material, mental y moral de un pueblo. Cier- to que el elemento insular ha sido dominante en la suerte del pueblo inglés, marcando su individualismo gracias a la exclusión, por largo tiempo, de factores extraños. Mientras Europa fué un caleidoscopio de variados límites, cambiando en cada país las sucesivas invasiones, la sangre de los pueblos, sus idiomas, constituciones y costumbres, Inglaterra, como una isla perdida en el océano, libraba por sí sola su suerte, confiada en el genio de su raza, de allí que el elemento insular haya sido cantado con pasión, por los más grandes de sus poetas "Britain, dice Shakespeare en Cymbelina

As Neptune's park, ribbed and paled in
With rocks unscalable and roaring waters"

Y aludiendo a ella otra vez en Ricardo II, agrega

"This fortress built by Nature for herself
Against infection and the hand of war,
This happy breed of men, this little world,
This precious stone set in the silver sea,
Which serves it in the office of a wall
Or as a moat defensive to a house,
Against the envy of less happier lands,
This blessed plot, this earth, this realm, this England"

El medio ambiente debe ser, sin duda, considerado cuando se estudia la vida de un pueblo. La insularidad de Bretaña ha traído, como consecuencia un aspecto de la vida señaladamente insular. El inglés es por esto mismo presumido, propenso a violentos prejuicios, intolerante, imponente. Conserva en su espíritu un vago deseo el sentimiento del misterio, la melancolía que trae con-

(1) H. Taine, Historia de la Literatura Inglesa, Tomo IV, pág. 337

sigo la vida del océano Su lucha en una región indomable lo ha hecho industrioso, precavido, obstinado . Ha sido un hombre sano con perfecta digestión, y aunque algo triston, es rara vez enfermizo o bilioso Sus obras son, por lo regular, cuerdas y sanas Está bien provisto de suficiente fluido animal, y es intensamente humano Dondequiera demuestra su amor a la acción, su culto a la libertad, su brava intolerancia hacia la opresión Su larga permanencia en su estrecha isla y su antiguo hogar se reflejan en él imprimiendo a su persona marcada individualidad Es difícil encontrar un pueblo, que sea tan netamente el producto de su medio (1)

Pero aparte de la posición geográfica de la Isla y de su ambiente, es preciso estudiar otro factor importante, que no se modifica enteramente bajo la acción del clima, a saber, la raza, que forma como el meollo de un pueblo e imprime francamente su carácter, sujetándolo a lineamientos tan fuertes, que impiden confundirlo con otro

Los britanos, habitantes primitivos de la Isla, aunque de raza celta, no fueron, bajo ningún concepto, un pueblo homogéneo sus ramas principales las constituían los escoceses, irlandeses y galeses, compuestos de tribus distintas. Sin embargo, su tipo dominante es el mismo Vivos e imaginativos, valientes, descuidados, eran inconstantes y fáciles de desalentarse Cuando se les injuria, dice Tácito, su resentimiento es ligero, súbito e impaciente, pero no abrigan duraderos resentimientos Son vehementes y resueltos, pero su ardor se enfría a poco Era un pueblo de corazón ligero, el vocablo "fun" (chiste) es invención suya Se impresionaban singularmente con lo bello; la música les deleitaba, el arpa es hasta hoy el emblema de Irlanda Su religión aunque cruel, estaba saturada de poesía y misticismo, propios para

(1) Fred Lewis Pattee, The Foundations of English Literature, pág 15

impresionar la imaginación. En literatura, los celtas habían hecho grandes adelantos antes de la conquista de los sajones. Mientras éstos cantaban ásperas canciones sobre batallas y pillajes, los celtas se deleitaban con leyendas de amor y de encantamientos como los de Arturo y Melián, elaborando una literatura llena de bellezas y de positiva atracción, que ha sido la fuente de inspiración, por muchas generaciones, de los grandes poetas ingleses. Como ha dicho admirablemente Gastón París. “En el concierto de mil voces de la poesía de las razas humanas, el arpa bretona es la que da la nota apasionada del amor ilegítimo y fatal, y esta nota se propaga de siglo en siglo encantando y perturbando los corazones de los hombres con su vibración profunda y melancólica. Una concepción del amor, tal como no se encuentra antes en ningún pueblo, en ningún poema, del amor ilícito, del amor soberano, del amor más fuerte que el honor, más fuerte que la sangre, más poderoso que la muerte, del amor que enlaza dos seres con una cadena que todos los demás y ellos mismos no pueden romper, del amor que los sorprende, a pesar suyo, que los arrastra al crimen, que los conduce a la desdicha, que los lleva juntos a la muerte, que les causa dolores y angustias, pero también goces y delicias incomparables y casi sobrehumanas” (1)

Ese pueblo sentimental y fogoso, pero un tanto idealista, fué conquistado por los Romanos y sometido a éstos algo más de tres siglos, mas al desaparecer los conquistadores, apenas si dejaron algún recuerdo en ruinas, que demuestran cierta transformación material, que no derivó de las ideas y concepciones del pueblo conquistado. el cual mantuvo, en toda su pureza, el fondo inalterable de la raza.

Más tarde salieron de un país dominado por el mar, pantanoso, cubierto de espesos bosques habitados por

(1) *Poemes et Légendes du Moyen âge*, pág. 139-140

animales feroces, de un país lluvioso, de ásperos inviernos y nieblas perpetuas los anglos y los sajones, que como piratas, menospreciando los boirascosos peligros del océano asediaron a la Isla, penetrando por sus grandes esteros. Esos germanos, como se les llamaba, eran, según cuenta Tácito, un pueblo de raza pura, que llevaba impreso el sello de un carácter enteramente propio. de ojos azules, imponentes, cabello rojo, alta estatura, musculosos, impacientes, pero tenaces en sus labores, venían de un país en que abundaban los ganados, que constituían su única riqueza. En la guerra eran bravos y resueltos, y se arrojaban a la lucha dando grandes gritos y entonando cantos belicosos. Se tenía entre ellos como infame el que desertaba del campo de batalla y abandonaba a su jefe. Ayudarlo, protegerlo en el peligro, ejecutar atrevidas proezas por su gloria, estos eran los primeros de los deberes. En cuanto al concepto de la mujer, veían en ella algo de divino, el vínculo del matrimonio, lo consideraban como estricto y severo. Por lo demás, eran sus costumbres adecuadas a la vigorosa animalidad, que hacía de ellos un ejemplar notable de bizarra exuberancia. Luego que despertaban de un sueño bastante largo, que se prolongaba hasta a horas avanzadas del día, tomaban un baño, comían cada uno en mesa separada, y después, se ocupaban, siempre armados, en sus negocios. Gustaban de frecuentes banquetes en que pasaban días y noches entregados a la orgía. Sus fiestas remataban, casi siempre, en pendencias personales en que ahorraban las palabras, pero hacían correr la sangre.

El dicho de Tácito se encuentra confirmado por el poema inglés más antiguo Beowulfo. Es éste un canto de sangre, de guerra, de orgía y en que se celebran los terribles encantos del país. Guerreros jactanciosos llenos de arreos, el clamor de la batalla, caballos en furiosa carrera que llevan en loco torbellino a sus ginetes, rocas batidas por tempestades, torrentes en que la

sangre corre revuelta con las aguas, confusas y terro-
ríficas descripciones de paisajes iluminados por el relám-
pago en óbscuras noches de tormenta hé allí en conjun-
to lo que el poema contiene como fondo de un cuadro
en que se mueve un pueblo rudo, entregado a la vida ani-
mal, sombrío, serio, en que no hay fantasías, piedad, mo-
deración. sino energía, apetitos desenfrenados, harturas,
borracheras, riñas, gritos tremendos y a la postre un
sueño en que la imaginación se recrea con las imágenes
vivas del combate, del triunfo obtenido a costa de san-
gre, del botín repartido para derrocharlo, sintiendo en
el fondo, aquella naturaleza salvaje, el aguijón incansa-
ble como un estímulo para comenzar una nueva lucha.
cuando todavía la fatiga agita el corazón del bravo gue-
rrero Tácito y el Beowulfo concuerdan, pues, en una
misma descripción

Esas hordas bárbaras lograron con su conquista dar
cuenta con una gran parte de los bretones, quedando los
demás absorbidos por la gran masa conquistadora. Y so-
bre ellas, allá por el siglo VI, una nueva invasión, de ín-
dole enteramente distinta, trajo nuevos elementos de civi-
lización a aquel pueblo Fué el cristianismo el que, pene-
trando con el monge Agustín en medio de la barbarie,
vino a suavizar las costumbres rebeldes a la humanidad
de aquella gente bravía Lo que la Roma pagana no había
conseguido con el genio de sus generales que dominaban
el mundo, lo lograron unos cuantos frailes, que bajo el
remado de Ethelberto entraron en Cantubery entonando
aquel grito de guerra de los antiguos hebreos, que en su
ardor religioso había evocado el Papa Gregorio, cuando
al conocer por primera vez a los *anglos*, al oír el nombre
del jefe sajón, *Ella*, dijo “Bien, bien, *Alleluja* se canta-
rá al fin entre ellos”

Esa silenciosa revolución, dice Páttee, en la grande-
za de sus resultados, es la segunda en importancia en la
Historia de Inglaterra Fué la primera levadura tomada
de Roma, que se mezcló a la barbarie teutónica y que la

humanizó en todas partes. Ciertamente que las guerras continuaron, pero cambiaron de aspecto. No más exterminios, no más combates por mero pillaje. Los ingleses, antes fuera de la comunidad de la civilización, aparecieron desde entonces, en contacto con Roma, centro espiritual de aquellos tiempos. Los monges romanos llevaron libros, arte, cultura. Comenzaron a edificar monasterios donde se reunían los amantes del saber, y donde al abrigo de la paz se cultivaban las ciencias y las artes. Rara vez una influencia semejante ha transformado tan completamente a un pueblo. En el espacio de dos siglos, la Bretaña se convirtió de un campo sangriento de batalla, en el centro intelectual de Europa, en el *leader* del pensamiento civilizador.

La breve supremacía de los daneses—1013-1060—no trajo nuevos elementos a la raza, fueron ellos simplemente una masa homogénea agregada en el crisol en que se fundía la nacionalidad. Los anglos y los sajones encontraron en los bretones mucho distinto de ellos, por el contrario, los daneses hallaron en los ingleses un pueblo del cual diferían poco, salvo en el grado de civilización. Gradualmente se asimilaron al pueblo conquistado, aprendieron su idioma, que se diferenciaba poco del suyo, se cristianizaron; contrajeron matrimonios con viudas sajonas, y finalmente, concluyeron por ser absorbidos por la gran masa de la nación.

La irrupción de los daneses, si no aportó elementos heterogéneos, sí recrudeció o avivó los instintos groseros de la raza, que había suavizado la influencia del cristianismo. Por esto, durante los seis siglos anteriores a la conquista normanda, aparte de otros adelantos, los sajones mantuvieron sus antiguas costumbres. Sus códigos revelan la grosería de sus hábitos. Una ley especial condenó, como un delito, el hecho de hacer uso de las armas en las asambleas públicas; lo que quiere decir que abusaban de aquéllas. El asesinato se castigaba con multas proporcionadas al rango de las personas. Las ma-

yoies penas se imponían por el delito de traición al señor Como en los días de Tácito, el extranjero que se acercaba a un lugar, sin anunciarse, se le tenía, fuera de ley El barniz de su humanización dejaba traslucir al inglés grosero, brutal, dado a la embriaguez, analfabeto e ignorante Su amor a la libertad, que imposibilitaba la unión de diversas tribus, tenía algo o mucho de desdén para todo lo que no fuera insular. En cuanto a su constitución social, se distinguían tres grupos: el de los Condes o *thanes*, que comprendía a los grandes terratenientes; el de la clase media o *churls*, que trabajaba los campos, dependiendo de los primeros, y por último, el grupo de los esclavos *thalls*, resto de los celtas conquistados

En este estado social se operó un nuevo cambio Guillermo de Normandía, alegando derechos de familia, invadió la Isla hasta sojuzgarla Pero el conquistador, teméndose como legítimo sucesor de la Corona, quiso mantener las antiguas leyes y costumbres, salvo las modificaciones que se imponían, como necesarias, para debelar al país Por ésto, a una nomenclatura social, substituyó otra Los antiguos Condes fueron derribados de sus puestos, que ocuparon los Barones, el pueblo esclavo se hizo libre, se introdujo el idioma francés, siendo éste el lenguaje de la Corte y de las personas cultas ¿Qué nuevos elementos trajo, pues, a la raza la conquista normanda? En realidad, nada radicalmente nuevo La sangre de los conquistadores corría por las venas de los britanos; en ideas políticas, en cultura y hábitos sociales—dice Hunt—Inglaterra era superior a aquéllos Los normandos tenían poca originalidad, adoptaban ellos dondequiera las instituciones y costumbres de otros En Inglaterra, corriendo el tiempo, olvidaron sus instituciones y aun su lenguaje Carecían de una literatura original, de arte y de refinamiento propios Eran religiosos, pero no morales; fundaban iglesias y obedecían sus preceptos, pero sin escrúpulos Su manejo con la mujer, hacía contraste con el respeto que a ella tenían los ingleses Verdad que al prin-

cipio se mostraron más parcos que los conquistados, pero a la postre gustaban también de gaudeamus y borracheras. ¿Cómo, pues, los normandos añadieron fuerza y vigor al carácter inglés? Porque ellos abrieron una comunicación permanente entre Inglaterra y el mundo neo-latino, y principalmente, porque, a pesar de sus faltas, proporcionaron una rica aleación al pueblo inglés. Fueron los normandos una mezcla afortunada de las razas del Norte y del Sur de Europa, superior como el bronce a sus componentes el cobre y el estaño. La energía normanda, su indomable vigor, su amor a las aventuras, su gravedad, su retraimiento encontraron su complemento en la cultura gala, en su fantasía ligera y brillante, en su pronta resolución y en el modo alegre de considerar la vida; jamás se había formado un maridaje tan feliz como el de esas dos razas. De él resultó un nuevo tipo cuyas características eran una actividad intensa, una paciencia inagotable, una vivacidad atrayente, el genio de las Cruzadas, el elemento dominante de la historia antigua Europea. Este era precisamente el metal que hacía falta en el crisol en que se fundía el alma inglesa y el que al fin le dió su unidad (1)

Y ya con estos datos podremos decifrar mejor los factores psicológicos del pueblo inglés y explicar el desarrollo y cumplimiento de sus destinos

* * *

En la actualidad, en la Gran Bretaña, predominan los tipos de las razas celta y germana, llevando ésta la supremacía. En ella, el desarrollo físico del hombre corresponde a la expansión ilimitada, que en su origen tu-

(1) Patte, obra citada, págs 92 y 93

vo el elemento animal Un organismo bien nutrido, dado a ejercicios fuertes, en un clima en que el propio esfuerzo implica una acción intensa, tenía que producir un tipo vigoroso y bien proporcionado. Así, la raza anglo-sajona es la primera del mundo por su talla, la cual, por término medio, en la clase obrera mide cinco pies ingleses, nueve y cuarta pulgadas Esta raza es también la primera por su peso de cuerpo, por su capacidad pulmonar y por su fuerza física es un soberbio ejemplar del tipo sanguíneo-flemático y nervo-motor “Los ingleses—dice Emerson—en la actualidad tienen gran vigor corporal y paciencia. Al lado de ellos, otros habitantes parecen débiles, impotentes, más bajos de nivel Son más gruesos que los americanos Creo que cien ingleses cogidos al azar por las calles de Londres pesarían una cuarta parte más, que otros tantos americanos Son rollizos, fornidos, hermosos, a lo menos todo el busto bien formado, y abundan las personas corpulentas El defecto único de sus formas es, que se vuelven rechonchos y las mujeres tienen el inconveniente de ser altas, delgadas, largas y un tanto desgarbadas y sasonas Los franceses dicen, que las inglesas tienen, en vez de una, dos manos izquierdas”

“Esa energía corporal se desahoga brutalmente aun en el seno de la civilización La nación tiene, en lo general, una naturaleza áspera, ruda, animal, que siglos enteros de civilización y propaganda religiosa no han suavizado todavía. Los ingleses sin ilustración, son una nación brutal Los crímenes recordados en sus efemérides no dejan nada que apetecer en cuanto a fría perversidad. Una pelea es cosa cara al corazón inglés La brutalidad de las costumbres en las clases bajas aparece en el boxeo, peleas de gallos y otra porción de bárbaras aficiones, y en lo fácilmente que se ve, yendo por las calles, lo delicioso que resulta todo ésto para las clases sociales inglesas De los estatutos criminales, decía *Sir Samuel Romilly* “He examinado los códigos de todas las nacio-

nes, y el nuestro es el peor, digno de los antropófagos” (1)

Estos restos de barbarie se revelan desde los primeros años en la vida del hombre, son las manifestaciones incoercibles de una sangre que hierve con el mismo ardor de hace veinte siglos. La institución chocante del *faggin*, o sea la obligación impuesta en los colegios a los pequeños de ser los criados de los mayores, es una de las más singulares en que el relieve de la brutalidad muestra su aspereza. En Harrow, en Rugby y en algunos otros establecimientos se ha modificado, se ha atenuado, pero en sí nunca deja de ser mala, porque es una escuela de brutalidad e impulsa al niño hacia donde ya se inclina, hacia todas las demasías a que propende el temperamento enérgico, violento, tiránico y duro. Una señora que conocemos—cuenta Taine—aunque a la verdad de origen extranjero, no ha podido resignarse a que su hijo pase por el *faggin* y le ha puesto en un liceo de París. Según informes oficiales, los niños menores son criados y esclavos. Cada uno de los mayores obliga a varios de ellos a hacer sus mandados, a limpiarle las palmatorias, a tostarle el pan y el queso, a despertarle a la hora señalada, a ayudarle en los juegos, frecuentemente dos o tres horas al día, a correr tras las pelotas y devolvérselas, a estar a sus órdenes mientras trabaja, a sufrir sus caprichos. En el colegio de Westminster la vida de un colegial pensionado de primer año es una servidumbre tan continua, que le es imposible sacar el tiempo indispensable para el estudio. Es un hecho (dice uno de los testigos de información,) que desde el 1º de enero hasta el 31 de diciembre, el joven colegial no dispone de un solo momento libre de interrupciones. Dos de los más jóvenes, designados por turno, se levantan a las tres y media de la madrugada para encender la lumbre, poner a calentar el agua y llamar a los que se lo han encargado. Muchas ve-

(1) Emerson, Inglaterra y el carácter inglés, págs 49 y 51

ces, uno a quien despiertan a las cuatro, no se levanta sino hasta las siete y media, y hay que estarle avisando de media en media hora. A cada niño le toca esa servidumbre dos o tres veces por semana. Añádanse todas las del día y todas las de la noche. A los alumnos antiguos les gusta mucho el té, y hay que dárselo tres veces cada noche, sin perjuicio del café. Para obtener una obediencia tan puntual y minuciosa, los mayores recurren al terror. Las bofetadas y puntapiés son para ellos una gracia corriente; eso no se mira como un castigo. El primer grado de los verdaderos castigos son las tandas de bofetadas, el paciente debe dejar caer los brazos y presentar el rostro a una docena de bofetadas a derecha e izquierda. Otras veces, pone la palma de la mano sobre una mesa, y con el filo de un cuchillo de madera se le da en el dorso, a veces hasta hacerle una cortadura. Luego viene la paliza, y después las dos especies de zurras. Se le golpea la pantorrilla al niño con una pala de pelota que le desuella y le arranca sangre. Pone el pie a la altura de una mesa, el ejecutor toma carrera por detrás y la emprende a puntapiés sobre la parte así descubierta. Yo he oído hablar, dice el informante, de dos o tres casos en que los niños fueron maltratados tan cruelmente, que durante mucho tiempo no pudieron tomar parte en los juegos ni en los demás ejercicios (1).

Una educación así comprendida tiene mucho de espartana, fortalece el cuerpo y temple el carácter. Da el hábito de la resistencia y una perseverancia inaudita, sin que el reconocer estas cualidades quiera decir que la aprobamos. De Juan Herschel se cuenta, que para completar la obra de su padre, que fué el autor del Catálogo de las estrellas del hemisferio Norte, se expatrió durante algunos años, en el Cabo de Buena Esperanza, y terminó el inventario del cielo meridional, tardando en redactarlo más de ocho años; una obra cuyo valor no em-

(1) H. Taine, Inglaterra, págs 133 y 135

pezó a apreciarse hasta treinta años después y que será en lo adelante un registro de la mayor importancia. Envió el Almirantazgo las expediciones árticas, uno y otro año, en busca de sir Juan Franklin, hasta que al fin encontraron camino al través de la zona polar y el estrecho de Behring, y resolvieron el problema geográfico. Lord Elgin vió en Atenas la inminente ruina de los restos griegos, levantó sus andamios, a despecho de epigramas picantes, y después de cinco años de trabajos ímprobos, embarcó sus mármoles a bordo de un buque. Tropezó éste con una roca, y se fué a pique. Entonces los hizo sacar del agua, por medio de buzos, en lo que gastó un dñeral, y se los trajo a Londres, sin saber que lo habían de aplaudir Haydon, Fuseri, Canova y todos los talentos del mundo. En otro orden, la misma tenacidad demostró la nación inglesa en las distintas coaliciones que formó contra Bonaparte en el siglo pasado, y que deshechas unas tras otras, fueron renovadas hasta que la sexta arrojó al ilustre vencido a la isla de Santa Elena.

Del hábito de la resistencia y de la paciencia nace el reposo y un espíritu positivo, metódico y formal. El ánimo paciente y reposado es naturalmente observador y analítico. De aquí la pasión de los ingleses por recoger hechos, clasificarlos y deducir inferencias. En este terreno, son sinceros, se apegan a la verdad y defienden sus opiniones con tesón, menospreciando por amor propio cualquier otro descubrimiento, sabido es que el pararrayos inventado por Franklin, no se usó por mucho tiempo en Inglaterra, por no tratarse de una invención propia. La costumbre de reflexionar, los hace retraídos con propensiones al aislamiento. Se les tilda por ésto, aunque con algún agravio, de orgullosos y ensimismados, si se divierten lo hacen tristemente, decía Froissart *ils s'amusaient tristement selon la coutume de leur pays*.

Mucho del atavismo normando en que predominan las cualidades analizadas y además el arrojo y el amor

a la aventura, los hace buscar el peligro y mostrarse en él invencibles Les repugna huir, y gustan jugarse el todo por el todo Ninguna nación—dice Emerson—ofrece más ejemplos, ni mejores de intrépido valor Son buenos para luchar con las tempestades, para abordar fragatas, para morir en el último foso y para cualquier desesperado servicio, que entrañe honor y gloria Pero no los creo capaces de soportar sufrimientos, o de practicar la obediencia pasiva, como por ejemplo, franquear las almenas de un castillo a una palabra del Tzar Tienen una organización a la vez vascular y elevada, así que, son muy sensibles al dolor, y también inteligencia para percibir el aspecto razonable y glorioso de una cosa Aman el *comfort* aun en los campos de batalla y en medio de los mayores peligros; el soldado inglés, para pelear con gusto necesita llevar en su bagage la tina de baños, el barbero, buenas y abundantes provisiones de boca y por añadidura cine o teatro

El inglés es naturalmente conservador, es ésta una cualidad tanto más indeleble cuanto que está impresa en el alma nacional por causas profundas y permanentes El hombre para quien la perseverancia es un hábito y un goce, es mucho más conservador, que aquél cuyos deseos e ilusiones son fugitivos Asimismo, un temperamento cuya lenta y moderada sensibilidad no vibra sino al raro contacto de impresiones profundas, es naturalmente más conservador, que aquél que tiene las frágiles delicadezas de una cuerda sonora La atonía nerviosa hace menos frecuentes y menos dolorosas las heridas que puedan causar las lagunas y las injusticias de las costumbres y de las leyes Nada turba el pensamiento piadosamente guardado delante las bellezas del orden establecido (1)

Este rasgo del carácter inglés es de los más importantes y de los que más influyen en toda su fuerza Con-

(1) Jacques Bardoux, *Essai d'une Psychologie de L'Angleterre Contemporaine*, Les Crises Belliqueuses, pág 399

servan sus antiguas prácticas, trajes y pompas, peluca y maza, cetro y corona La Edad Media aún acecha en las calles de Londres Los Caballeros del Baño prestan juramento de defender a las mujeres insultadas, el áureo bastón de servicio, subsiste todavía En la coronación de sus Reyes se repiten las ceremonias del siglo XI Es entre ellos cosa natural la posesión hereditaria Sus ariendamientos se perpetúan en una familia cien y hasta mil años

El poderío inglés débese también, en parte, a su aversión a las mudanzas Les es difícil a los ingleses darse razón de un hecho, y acuden siempre, por primera diligencia, a la memoria. Tan pronto como han vencido una dificultad y encontrado un medio ingenioso, apresúranse a proclamarlo, como el mejor, y no desean que se les hable de alteración alguna Cada inglés es un Canciller en embrión. Su instinto es buscar precedentes a los hechos Su frase favorita es "No es tan fácil cambiar una costumbre que vive de antiguo en la humana memoria" Odian las innovaciones Bacon decía, "que el tiempo es el reformador justo"; Chathan, "que la confianza es una planta de lento desarrollo", Canning, "que avanzarán con el tiempo"; y Wellington, "que la costumbre tiene el valor de diez naturalezas" Todos sus estadistas enseñan, que la fuerza de la costumbre es irresistible, y han inventado muchas frases hermosas para encubrir esta lentitud de percepción, parecida a la cola prehensil de algunas especies Una concha marina sería la cimera apropiada de Inglaterra, no sólo porque representa un poder edificado en las olas, sino también el penoso perfeccionamiento del hombre (1)

Su lucha ruda con la naturaleza, su propio esfuerzo hace al inglés práctico e individualista, su espíritu conservador, unido a esotras cualidades, lo hace egoísta y utilitario Rinde homenaje a la justicia, en tanto que

(1) Emerson, Obra citada, págs 86 y 87

favorece sus miras, pero la sacrifica fácilmente a su conveniencia “La falta de fortuna, decía Nelson, es un crimen que yo no puedo perdonar”. “La pobreza es infame en Inglaterra” decía también Sydney Smith Cecil Rhodes, en un discurso, justificaba en estos términos la conquista del Transvaal “Nosotros hemos cumplido con nuestro deber, protegiendo el más gran activo comercial del mundo, es decir, a la bandera británica” Volveremos sobre este punto

Por la voluntad, esta facultad fundamental, y, por decirlo así, orgánica, es por la que los ingleses recuerdan fielmente la raza de los viejos germanos: voluntad firme, tenaz, paciente, perseverante, tal como se puede esperar de una organización robusta y equilibrada. En un grado más alto que el alemán, el inglés posee la audacia de la empresa y el gusto de la iniciativa. Desde este punto de vista, tiene algo de los escandinavos y de los normandos, muy dados a las aventuras. Es una ley que la psicología inglesa ha puesto en claro, y de la cual el carácter inglés proporciona una aplicación, la ley de la transferencia, que acaba por pasar al medio de que uno se sirve para un fin, el valor de este mismo fin. La energía espontánea ha sido, desde luego, para el inglés un medio en vista de la conservación y del bienestar bajo un clima rudo que parece decir “trabaja o desaparece”. A fuerza de querer, en vista de lo necesario o de lo útil, el inglés ha acabado por querer por el mero placer de querer, por luchar por el placer de luchar. Enérgico por la voluntad de hacer un esfuerzo, de buscar, de encontrar, y de no ceder jamás, como dice Tennyson.

El inglés ama, ante todo, lo que es pujanza y fuerza, o todo lo que lo parece. Tiene la más profunda estimación por una voluntad constante, por todo propósito firme. Prefiere un hombre deficiente, de aptitudes limitadas, pero con quien pueda contarse, a un bello espíritu vanidoso. Ser independiente, bastarse a sí mismo, he aquí el ideal inglés *self help*. Poco precoz, poco vivo,

con una saludable estupidez, que disfraza y protege su percepción, como la membrana del ojo del águila, según diría Emerson, el niño inglés tiene ya iniciativa y tenacidad. Es con frecuencia rebelde, algunas veces brutal; y de allí quizás la conveniencia del tratamiento rudo a que se le sujeta en los colegios, como lo hemos observado. Recuérdase, que en cierta ocasión, el Príncipe Alberto, encargado por la Reina Victoria de fijar las condiciones para conceder un premio anual a los alumnos del Colegio de Wellington, decidió, que se otorgaría no al alumno más instruído, sino a aquél cuyo carácter se juzgara más elevado. Y a propósito observa G. Le Bon, entre nosotros, el premio ciertamente se hubiera concedido al alumno que hubiese recitado mejor lo aprendido en sus libros.

Si por su enérgica voluntad el inglés recuerda al viejo germano, por su disciplina se enlaza con sus ascendientes en grado ulterior, los normandos. Sometidos los anglo-sajones a los nuevos conquistadores, acostumbrados a la jerarquía social que se les impuso, hubo de forjarse la unidad nacional en nuevos moldes, a los cuales al principio y por largo tiempo los conquistados se mostraron rebeldes. Aprisionados, oprimidos en la rígida red de la organización normanda, por mucho que hayan sido vencidos, no han sido destruídos, están en su suelo, cada cual con sus amigos y en su comunidad local, forman cuerpo, son aún veinte veces más numerosos que sus vencedores. Su situación y sus necesidades crearán sus hábitos y sus aptitudes. Van a sufrir, a reclamar, a luchar, a resistir juntos y acordes, a esforzarse hoy, mañana y todos los días para no ser matados o robados, para recuperar sus antiguas leyes, para obtener o arrancar garantías, y gradualmente van a adquirir la paciencia, el juicio, todas las facultades y todas las inclinaciones por cuya virtud se mantienen las libertades y se fundan los Estados. Por una suerte singular los normandos los ayudan, porque el Rey se ha reservado

una parte tan grande y se ha hecho tan temible, que para reprimir al gran saqueador, los pequeños saqueadores tienen que contemporizar con sus súbditos sajones, aliarse con ellos, comprenderlos en sus castas, hacerse sus representantes, admitirlos en el Parlamento, dejarlos trabajar, enriquecerse, adquirir orgullo, fuerza, autoridad, intervenir con ellos en los asuntos públicos. He aquí, pues, que poco a poco la nación inglesa, hundida bajo tierra por la conquista, como por un mazazo, se desembaraza y se levanta más de quinientos años se invierten en esa reconstitución (1) Sin embargo, poco se habría adelantado en disciplina, si la idiosincrasia del pueblo no lo hubiera preparado a la libertad por medio del orden, del método y del hábito del trabajo, dotes debidas en parte al clima, a la lucha con la naturaleza, al espíritu de observación y a la ecuanimidad de un carácter reposado y tenaz encauzado afortunadamente en los nuevos canales que le proporcionó la conquista normanda Como observa justamente Pattee "La conquista enseñó al inglés, por vez primera, lo que quería decir disciplina; ella lo separó para siempre de la barbarie del Norte, y poniéndole en contacto con el Continente, modificó, en algún tanto, su estrechez insular. La conquista aportó una infusión de sangre fresca céltica, que templó la pesada melancolía de los conquistados y añadió vivacidad y cultura, pero sin debilitar, por ésto, los vigorosos elementos del carácter nacional"

Tenían los celtas el instinto de la fraternidad, el gusto de las asociaciones, que subsiste aún entre los ingleses, sin excluir empero, en las sociedades, el individualismo sajón Quizás la posición insular, de una parte, y de otra el afecto u orgullo de raza, han contribuído a su solidaridad, responsabilidad y confianza recíproca. Esta familia de hombres particularistas y reservados puede abrazar un fin público con todo entusiasmo, sin que la di-

(1) Taine, Historia de la Literatura Inglesa, Tomo IV, pág 328

ferencia de rango divide el corazón nacional. Más todavía, en las grandes crisis de la patria, ellos olvidan sus disensiones, las diversas tendencias de las clases, el empeño tenaz con que persiguen sus ideales, para unirse, o mejor fundirse en un solo *block* de acción o resistencia. Aunque no tengan temperamento belicoso, cada individuo se convierte en soldado cuando lo llaman a las filas. Pero volvamos al carácter de la raza, su individualismo y la convicción de que cada uno es hijo de sus obras, el *self help* impide que las relaciones sociales se desarrollen al calor del sentimiento, hay en ellas mucho de concreto, nada de efusivo, en medio de la mejor armonía se nota que cada personalidad es un ser aislado, como las piezas de un ajedrez en una sabia combinación. Esto impone hasta en las relaciones de familia cierta estrecha rigidez. Un joven dice familiarmente, hablando de su padre *My governor*, y es que, en efecto, por las costumbres del país, el padre de familia no es el confidente y el amigo, sino el gobernador de su casa, que es su castillo (*castle*) y de la guarnición que se aloja en él. La desigualdad entre la suerte de los hijos, es otra de las causas de frialdad en el seno de las familias, el primogénito, con mejor posición, mayores rentas y la corte de una sociedad elegante, está muy por encima del segundo, que cuenta con escasos recursos, los cuales no le permiten frecuentar los mismos círculos. Estas circunstancias motivan a la vez la independencia de los hijos, que desde muy jóvenes corren por su cuenta, preocupándose los padres de familia muy poco por su establecimiento. La familia inglesa—observa Fouillée—es una monarquía en la que el padre es el soberano, sus decisiones no admiten réplica, él prefiere ser respetado a ser amado. Dueño de sus bienes, los da a quien quiere, el inglés tiene la autoridad y el prestigio del antiguo *paterfamilias* romano. La falta de profunda afección personal se muestra con frecuencia en su conducta para con sus hijos, regularmente los retiene en la casa hasta la edad de siete u ocho

años, aunque se trate de un padre rico, después los coloca en una casa extraña. En cuanto a la madre, puede decirse, que es más esposa que madre, al contrario del papel que representa la mujer de la raza latina. La familia inglesa no se extiende, como la nuestra a toda una serie de parientes. ¿Para qué los primos? dicen los ingleses, son amigos engorrosos. Los verdaderos amigos son los que uno escoge. Entre los hermanos mismos, los lazos de parentesco son flojos; sin ser enemigos, viven como extraños. El individualismo exagerado ha restringido el espíritu de familia en Inglaterra, no viéndose en ella esa comunidad de espíritu y de corazones, que hace que cada uno viva en los otros y para los otros.

En el orden político, el individualismo inglés es la guía y norma de sus acciones, el inglés ama la sociedad porque ve en ella protegidos sus derechos. La historia del desarrollo de los condados y de las ciudades en que nos ocuparemos oportunamente, demostrará, que la formación de las corporaciones obedece a ese sólo principio. Espíritus utilitarios y positivistas, los ingleses antes de proclamar la fórmula abstracta de un derecho, lo aseguran. Por eso su Constitución se ha formado a retazos, exigiendo a sus monarcas, en convenios formales, el reconocimiento de derechos, que como adquiridos, debían ser respetados. El resultado de este sistema ha sido la conquista y el aseguramiento de todas las libertades, garantizadas además, por la misma posición insular del Reino, pues lejos de la necesidad imperiosa de distraer sus fuerzas en contiendas con sus vecinos, las ha consagrado a su régimen interior, con lo cual, a la vez, ha descartado un pretexto a la tiranía, que suele tomar ocasión de las guerras internacionales para ligar con cadenas más fuertes a la misma patria.

Consecuencia de su principio utilitario es, que el inglés, —como observa Emerson— no vierte su sangre por puntallos de honor, por sentimientos religiosos, o por un capricho cualquiera; sino que generalmente lucha por

asegurar su propiedad o su libertad El inglés piensa pacíficamente en su negocio y en lo que le produce al día Pero si le amenazáis con poner mano en sus ganancias, en su vaca, en sus derechos comunales, o en su establecimiento, os llevará a los tribunales La Carta Magna, el juicio por jurados, el *habeas corpus*, la Cámara Estrellada, el papismo, la colonia de Plymouth y la revolución americana, son todas cuestiones que implican el derecho a comer que un cultivador tiene, y excepto por lo que a ésto se refiere, no veréis a la nación inglesa bajo el azote de una revuelta y de la indignación

Otra consecuencia es, que exige en sus hombres públicos verdad, convicción firme y adhesión a sus principios. Le gusta la firmeza en sostener sus derechos, odia la farsa dentro y fuera del Parlamento, y estima en sus representantes que se ocupen seriamente de sus negocios, sacrificando, si es preciso, su tiempo y su dinero. De aquí la costumbre de muchos miembros del Parlamento, que aprovechan sus vacaciones yendo al Continente a hacer investigaciones más o menos dilatadas Van a Francia, a España, a Italia, a Alemania, a fin de refrescar, rectificar o profundizar sus impresiones anteriores, y no una vez sino cinco, seis y diez veces Quieren estar al corriente, según las oscilaciones de la opinión pública De este modo su juicio no va nunca atrasado y multiplica sus probabilidades de acierto No bien se dibuja un punto negro en Dinamarca, en Polonia, en Roma, en los Estados Unidos, allí están ellos en seguida, para recoger informes precisos En el extranjero, se hacen presentar a hombres eminentes o especialistas, los atraen a su casa, los registran y escudriñan como libros, apuntando a menudo el detalle de la conversación, y comunicando a la vuelta el manuscrito a sus relaciones A esos informes añaden la vista de las cosas Uno de ellos va a nuestras haciendas, dice Taine, examina los abonos, las máquinas, el ganado; hace acopio de cifras, y al regreso imprime o pronuncia una serie de

conferencias sobre el estado de la agricultura en Francia. Este recorre las manufacturas de París, mientras su mujer visita las escuelas profesionales. No sólo proceden así los hombres de Estado, casi todas las personas ricas o simplemente acomodadas, hacen lo propio. Yo sé de algunas que teniendo varios hijos y ganando doce mil pesetas al año, apartan mil todos los años de ese modesto ingreso, para hacer una excursión. No hay un joven de buena familia que no dé la vuelta al Continente; toda educación completa exige viajes y una estancia más o menos larga en el extranjero. Durante las vacaciones, los abogados, los miembros de la magistratura y los profesores llueven a centenares sobre Alemania. Muchos no ven más que la superficie de las cosas, un vaso no recibe más que lo que consiente su capacidad; pero todos sacan algunas ideas, o por lo menos vuelven a su país con nociones menos falsas y prejuicios menos groseros. Todos esos informes reunidos forman una opinión pública más ilustrada sobre los grandes asuntos, menos incompetente en materia política, más sensata, más próxima a la verdad, más accesible al buen consejo. Por consiguiente se apoya y alienta al hombre de Estado cuya clarividencia descubre el buen camino. La tripulación aclama al capitán, y aun muchas veces la opinión va a buscarle y a entregarle el timón (1).

El eje económico que sostiene el juego de las instituciones, ha abierto brecha a los prejuicios de jerarquía, permitiendo asociar las clases obreras a las funciones del gobierno. De este modo se explican las reformas sucesivas de la ley electoral, que comenzaron en 1832 por aniquilar los *rotten boroughs* y terminaron en 1885 por hacer el voto público casi universal, confiréndolo en un sentido ampliamente democrático a todas las clases laboriosas.

En materia de legislación, no obstante la tendencia hacia el espíritu del Derecho Romano, que cada día se

(1) Taine, Inglaterra, pág. 211

acentúa, el inglés no ha podido prescindir de su espíritu casuístico, que excluye todo sistema jurídico que no se funde en la observación y en los hechos (1). El trabajo del jurista inglés es el mismo que el del naturalista, trabajo de atento análisis, de recolección de casos, de clasificación e inferencias. Si el uno recoge conchas, plantas o minerales, dando a cada especie su lugar, según métodos enteramente prácticos, para sentar, después de examinadas, algunas conclusiones, el otro recoge los casos resueltos por los tribunales, examina los usos, las reglas de acción aplicables al gobierno y a la seguridad de las personas y las propiedades, y en esta compaginación encuentra la *Common law*, que gobierna todas sus relaciones civiles y políticas a falta de un código simétrico en que se dé campo libre al arbitrio judicial. A lo más, la *equidad* interviene en los casos difíciles en que el rigor de los precedentes forma un molde rebelde a un caso imprevisto, que choqua acomodar a la vieja jurisprudencia.

En sus relaciones internacionales, Inglaterra ha tenido por mira principal, si no única, el desarrollo de sus industrias y de su comercio o sean finalidades meramente económicas, guiándose siempre por su instinto utilitario y positivista. La justicia para ella, es cuestión de segundo orden, buena si va de acuerdo con su intento, estorbo y fácil de descartar, si no puede alambicarse para justificar el fin. "Nosotros no existiríamos si fuéramos justos un solo día" decía, en el último siglo, uno de los más grandes oradores ingleses. Bismarck había ya observado, que en sus relaciones privadas son los ingleses un modelo de honradez, pero que su diplomacia es un tejido de embustes. Ya antes Tocqueville había escrito: "Que toda causa cuyo resultado es útil a Inglaterra, se tiene como causa justa. En Francia, agregaba, con frecuencia hemos cometido injusticias en política; pero sin cubrir la injusticia con la

(1) V. M. F. Morris; An Introduction to The History of the Development of Law, especialmente el Cap. IX.

capa de la utilidad. Hemos tenido también en escena a algunos pícaros, pero sin atribuirles la menor virtud". Inglaterra acuerda su estimación al que tiene éxito; su amistad a nadie. Dura e implacable para reprimir una revuelta, se muestra indiferente a los sufrimientos de los que domina; ella ha reducido a la miseria a la India; ella ha forzado a China a tolerar por el derecho del café el contrabando del opio; ella ha despojado a Portugal de una parte de Mozambique, lanzando sobre el Transvaal una primera expedición aventurera, después una expedición de conquistadores sin escrúpulos. En otras ocasiones, hechas tales o cuales promesas, ha declarado con desplante a la faz de Europa, que bastaba sellar con sangre ciertos hechos para hacerlos justos, "porque un campo de batalla—dice Lord Salisbury—es una etapa de la Historia", variante suavizada de la sentencia medioeval "La fuerza hace el derecho".

En sus relaciones con sus Colonias, Inglaterra sigue el mismo criterio interesado; busca sobre todo su conveniencia, su expansión para explotar mejor a los países sometidos; fuera de ésto, lo demás no le preocupa. Dejará subsistir el canibalismo en Africa, las castas en la India; respetará la religión y legislación de sus colonos, siempre que el lucro corresponda a su tolerancia. Si en los últimos años ha permitido a sus colonias casi una autonomía completa, ha sido a reserva de cambiar su condición de países políticamente subordinados en países económicamente explotados. La evolución industrial, por una doble corriente económica e intelectual ha contribuído a la formación de una doctrina colonial nueva, basada sobre una liberal descentralización. Mas el genio inglés, sin desviarse de sus fines prácticos, ha aprovechado el acrecentamiento de las relaciones industriales, comerciales y financieras entre la metrópoli y sus colonias, especialmente entre 1850 a 1880, para fortificar una concentración imperial: podemos, pues, concluir, que si sus lazos políticos se han aflojado, los económicos forman, ca-

da día, una malla más apretada en que quedarán cogidos todos los lucros posibles de las colonias.

La plétora de habitantes y de capitales, la necesidad que tiene de los países tropicales, que dan la materia prima para el desarrollo de sus industrias, el carácter emprendedor y aventurero de la raza y cierto concepto de misión divina que debe cumplir, son factores que contribuyen esencialmente a la expansión imperial. La vieja Inglaterra, la *Old England*, responde a cada centenar de defunciones con 156 nacimientos; su crecimiento es de 1,200 personas por día. El estado miserable de la muchedumbre trabajadora (mejorada en estos últimos años) mineros, marineros, obreros, etc.; la falta de terrenos de propiedad del jornalero en un país en que 150 *landlords* poseen casi toda Inglaterra, obligan, como es natural, a la expatriación en busca de mejores medios de vida. Los grandes señores, los fabricantes, banqueros, comerciantes, armadores, que han amasado grandes fortunas sobre el aplastamiento de las clases trabajadoras, buscan también nuevos empleos a sus fabulosos capitales. Las colosales industrias del país, que no pueden sacar de una isla estéril las ricas producciones de los trópicos que alimentan sus fábricas, rastrean con avidez hasta los últimos rincones del globo para descubrir nuevas fuentes de riquezas. Por último, ¿no es Inglaterra la "Jerusalén de la nueva Era" con Parlamento y Constitución, instituciones, usos, leyes, costumbres, todo perfecto, ejemplo para la tierra, esperanza para la raza? El mito bíblico se impone, el pueblo inglés es el pueblo escogido; su misión es sagrada; al toque de su trompa guerrera los muros de las ciudades deben caer; la tierra prometida, le pertenece, ¿no debe, pues, ampararse con la fuerza e invocar al Dios de los ejércitos para someterla? La expansión imperial condena fatalmente Inglaterra a la guerra; la solución de su problema es perentoria: "To be or not to be, that is the question".

* * *

Ese pueblo observador, paciente y utilitario ha fundado una filosofía, que es obra exclusiva de su genio: la filosofía positiva. Augusto Comte, que se considera como el creador de ese sistema, ocupa en realidad, el segundo término, puesto que no ha podido prescindir de una concepción apriorística, partiendo de la síntesis de sus *tres* estados a la cual acomoda el desarrollo de sus ideas.

Rogero Bacon, en el siglo XIII, puede considerarse, con toda justicia, como el padre de la filosofía positiva al proclamar "que el razonamiento es bueno para concluir, pero no para establecer, es decir, que toda ciencia debe fundarse en el estudio directo de la naturaleza, en la observación y la experiencia, aplicando después el razonamiento, y particularmente el razonamiento matemático a la experiencia y a la observación.

En el siglo XVI, Francisco Bacon, confirma y practica la doctrina del célebre fraile y defiende el mismo sistema. Es preciso proceder por observación, repite, por experiencia y por inducción. La inducción consiste en sacar conclusiones generales de hechos particulares. En cuanto a la metafísica y a la investigación de la ley universal, debe estar completamente separada de la filosofía propiamente dicha, de la "filosofía primordial", que no se encamina a ello; tendrá su dominio aparte, que ha de ser el de la fe. Tal es la verdadera filosofía sometida al objetivo, atenta al objetivo, que escucha las voces del mundo y no piensa sino en traducirlas en lenguaje humano. "La verdadera filosofía, insistía el Gran Canciller de Inglaterra, es la que traduce las voces del mundo con la mayor fidelidad posible, como un eco que escribe como si el propio mundo le estuviera dictando; no agrega nada de su peculio y se contenta con repetir y *raciocinar*". Hobbes, en el mismo siglo, separa la metafísica de la fi-

losófia, pero con más rigor e imperio; no niega aquélla, pero no se ocupa en ella: es todo positivismo. En cuanto a la moral, Hobbes la toma por el interés bien entendido, pues éste se confunde completamente con el deber: su moral es, por lo mismo, utilitaria.

El célebre Locke en el siglo XVII, funda toda su filosofía, como los dos Bacon y Hobbes, en la observación de las ideas sensibles, desechando las ideas innatas aceptadas por Descartes. Para él, la voluntad es el último término de una cadena de sensaciones que excluye la libertad. En el fondo no tenemos sino dos pasiones: el deseo de gozar y el miedo de sufrir, términos que excluyen la moral idealista y nos colocan en el terreno utilitario.

Hume en el siglo XVIII, más excéptico que Locke, no cree en nada; para él no hay libertad; esto es evidente, porque cuando nos creemos libres, suponemos que somos causa. Ahora bien, la palabra causa no significa nada. No tiene, por tanto, sistema filosófico, ni moral. Sin embargo, cree profesar la moral del sentimiento. Opina que tenemos en nosotros el instinto de la felicidad; pero que también tenemos un instinto de benevolencia, que nos impulsa a buscar la felicidad general; y la razón nos dice que hay conciliación, o mejor dicho, concordancia entre esos dos instintos, porque sólo en la felicidad general encontramos nuestra felicidad particular; de donde resulta que su moral es de acomódamiento, de conveniencia, o meramente utilitaria.

Después de esto, no puede extrañarse el empirismo exclusivo de Benthan en el último siglo, sosteniendo con Hobbes, que el único principio de nuestras acciones es el interés personal y erigiendo en axioma, la afirmación de que todo hombre es necesaria y esencialmente egoísta. Cumplir el deber por el deber mismo, le parece un ascetismo absurdo e imposible. "Ningún hombre—dice—levantará por otro la punta de un dedo, si no tiene interés en ello". La moral no es más que la reglamentación del egoís-

mo; y el criterio del bien, es el del mayor placer. Benthan, por fin, sin arredrarse, lleva las consecuencias de su sistema hasta crear una "aritmética moral", que sirviera para la evaluación de los placeres según su intensidad, duración, fecundidad en placeres nuevos, pureza o sea ausencia de toda mezcla con el dolor, proximidad, certeza, extensión o consecuencias sociales: es el genio inglés calculando para sacar las mayores ventajas. (1)

Spencer, el célebre propagador del sistema filosófico de la evolución, es tan inglés en sus concepciones, como los filósofos que acabamos de mencionar. En efecto, él, como el Gran Canciller Bacon, como Hobbes, separa lo incognoscible de lo que puede ser objeto de observación, limitando a este campo la ciencia. Para él la filosofía es el producto final de la operación que comienza por una simple recopilación de observaciones, que continúa por la elaboración de proposiciones más amplias y más desligadas de casos particulares, y termina en proposiciones universales. (2)

Tocqueville parece deducir de la forma social el carácter particularista de la filosofía inglesa. "Los ingleses, dice, han sido por largo tiempo un pueblo ilustrado y a la par muy aristocrático; sus luces les daban sin cesar una tendencia hacia las ideas muy generales, y sus hábitos aristocráticos los retenían en las ideas muy particulares. De aquí nace esta filosofía a la vez tímida, amplia y estrecha que ha dominado hasta ahora en Inglaterra y que conserva aún tantos espíritus oprimidos e inmóviles". Quizá haya causas más profundas que las que señala el sociólogo francés. La filosofía de un pueblo es algo más que la expresión de la forma social; es el producto de la raza, del medio, del momento, modificados a veces por otras corrientes de ideas, que generan la imitación. El carácter del pueblo inglés, que ya hemos descrito, forjado en la lucha con una naturaleza ruda,

(1) A. Fouillée; Historia de la Filosofía; Tomo II; pág. 182.

(2) H. Spencer; Los primeros Principios; pág. 117.

que ha exigido para dejarse domeñar, audacia, un esfuerzo constante, paciencia, astucia, observación, ha tenido que ser positivista, llevando toda su atención a los hechos y al éxito que busca: de aquí que su filosofía sea del que va de los detalles al conjunto para deducir una ley general. “Los ingleses, opina Emerson, desconfían de los entendimientos que poseen gran facilidad de asociación, por el instintivo temor de que al aparecer varias relaciones a su pensamiento pueda aminorarse su continuidad serial y su lucrativa concentración. No pueden sufrir el genio o el talento inclinados a la contemplación, ni ocultar el desprecio que sienten por los arranques de pensamiento, aunque sean legítimos, cuyos pasos no puedan medirse por su regla acostumbrada. No conceptúan nada mejor, que un silogismo que termine en silogismo. Fijan la vista en los hechos, y es la suya la lógica que trae la sal a la sopa, el martillo al clavo, el remo a la lancha; la lógica de los cocineros, carpinteros y químicos, que sigue el orden de sucesión de la naturaleza y en la que no causan impresión alguna las palabras”. Por esto, no estamos conformes con la opinión de Hoffding, quien, al estudiar los “Filósofos Contemporáneos” considera el espíritu y dirección de la filosofía inglesa moderna, como término de la escuela clásica, que comienza con Locke y cuyo último representante es Spencer. Para ello sería preciso algo más, es decir, que la raza cambiara su constitución mental. Y tan reacia se muestra a este cambio, que cuando sus más eminentes representantes han intentado encumbrarse sobre la monótona realidad de los hechos para construir un nuevo sistema, han ido derecho al fracaso. Locke, el filósofo grave y práctico, que cuando levantaba los andamios de una nueva concepción, lo hacía poniendo siempre el pie firme sobre el terreno de la observación, quiso al formular el proyecto de Constitución de las Carolinas en los Estados Unidos de América, que se le encomendó, inventar una forma de gobierno ideal, partiendo de una organización aristocrá-

tica, que no se acomodaba al género de vida que generaba en aquel país de colonización; y por haberse separado del análisis concreto de los hechos, su proyecto quedó en la esfera de lo quimérico, como un monumento de la impotencia del genio inglés, cuando se eleva a regiones que no han sido empíricamente exploradas. De igual modo la escuela liberal clásica, respetando el individualismo de la raza, quiso especialmente en el dominio económico, dejar campo libre a la acción personal, proclamando la célebre fórmula "*laissez faire, laissez passer*"; pero no contó con que esa libertad reconoce, como restricción, el criterio práctico y utilitario del pueblo inglés, que prefiere lo práctico y lo que mejor se adapta a su temperamento hedónico, a los principios abstractos; por lo que aquel partido ha tenido que someterse a la repulsa del buen sentido, que ha reclamado una serie de leyes, que, como las votadas por los cuatro Parlamentos de 1857, 1859, 1865 y 1868, reglamentan el trabajo de los obreros, protegen a las mujeres y a los menores contra la rapacidad del capitalismo, cuidan de la higiene y el buen trato en las fábricas, y aun han abierto franca brecha hacia la nueva forma cooperativa del trabajo, acercándose a las bases de un socialismo municipal. (1)

* * *

Los mismos caracteres que dominan la filosofía inglesa, cuyas tendencias acabamos de bosquejar, adaptados al género, pueden distinguirse al estudiar su literatura. Ella es, por excelencia, lírica y dramática, respondiendo en esta forma a las tendencias de las razas. El individualismo intenso del germano, debía producir en el anglo-sajón el hábito de reflexionar, de nutrir y exal-

(1) Jacques Bardoux; Obra citada; págs. 385-389.

tar sus sentimientos aislados, de ir hasta el fondo de sus goces o de sus penas, que al fin la pena se encuentra en el goce, como no sabemos qué de amargo en el fondo de la copa del festín. Se dice, que el Homero de la poesía anglo-sajona, Cadmon (860?) era un hombre más ignorante que los demás y que nada sabía de aquel arte divino; de modo que cuando en la sala le pasaban el arpa, tenía que retirarse por no poder cantar con sus compañeros. Llegó, sin embargo, el día en que por insólita revelación estalló su sentimiento lírico en odas tan profundamente sentidas, que tuviéronse por milagrosas. Así nace la verdadera poesía; estos hombres oran con la emoción de una alma nueva; adoran, están de rodillas; cuanto menos saben, más sienten; su canto es como el perfume de la flor salvaje, que el aura lleva en triunfo en un ambiente puro. Chaucer, el galante poeta del siglo XIV, no obstante la influencia italiana que recibió tan directamente, mantuvo el rasgo característico de su raza, la encantadora simpleza y naturalidad del hombre. Sus tipos son de seres vivientes, intensamente ingleses, rebozando vida y espíritu animal. Es el poeta del amor, de la juventud, de la primavera, lírico con lirismo espontáneo y sano; pero señaladamente realista. La misión de Chaucer fué marcar con señales indelebles los tipos humanos, dándoles vida perenne, de tal manera que pueden ser reconocidos sin esfuerzo. El retrato que Occleve hizo del poeta es significativo: lo representa en actitud de señalar algo con el dedo. Chaucer fué el resultado de la combinación de los genios teutón y celta, la forma final que asumió, en el orden literario, la raza inglesa en su pleno desarrollo.

Pero el representante más conspicuo de esa raza, es sin duda Shakespeare, calificado por Taine como espíritu extraordinario, omnipotente, igualmente soberano en lo sublime y en lo innoble, el más creador que hubo jamás en la copia exacta de la realidad minuciosa, en los caprichos deslumbradores de la fantasía, en las com-

plicaciones profundas de las pasiones sobrehumanas; un espíritu poético, inmortal, inspirado, superior a la razón por las revelaciones súbitas de su locura luminosa, y tan extremado en el dolor y en la alegría, tan brusco en su manera de proceder, de una vena tan tormentosa e impetuosa, que sólo en siglo tan grande se concibe la existencia de tal hijo.

Fué Shakespeare inglés en todas sus fibras; todo el acervo de sus portentosas facultades lo tomó del pueblo de donde él salió, pueblo burgués, que desde los días de la conquista ha mantenido inalterable la vieja cepa del espíritu inglés. Shakespeare fué el resultado natural del gran movimiento literario de su época. Las mismas fuerzas que le produjeron, fueron causa de la aparición de otros dramaturgos, casi de igual importancia. Fué sólo el pico más alto de una gran montaña en que descollaron otras eminencias. Si sobrepasó a sus contemporáneos, fué por la feliz armonía de los elementos que constituían su bien ponderada naturaleza; fué un producto perfecto de los elementos celta y teutón. Tenía el natural sensible, intuitivo y simpático del celta; y ésto hizo de él el "dulce Shakespeare", el hombre querido de sus contemporáneos, permitiéndole proyectar su personalidad en la vida de los otros, sentir intensamente sus goces, sus pasiones, sus desgracias. Tenía la fantasía, la ligereza, el humor, la enérgica nerviosidad de un celta; pero mezclados con el vigor viril, la seriedad, con frecuencia la melancolía, la perspectiva, el sentido común del teutón. Difícil es decidir, cuál de estos elementos predominaba en el poeta. "El Sueño de Una Noche de Verano" es todo céltico, pero Macbeth puede compararse con el Beowulfo, que es todo teutónico. No hay escrúpulos en el poeta; la sangre corre libremente en sus mejores tragedias. Hamlet termina tan cruentamente como Tito Andrónico. En aquél, la conmovedora locura de Ofelia, de un lirismo de tierna melancolía, hace contraste con el Príncipe, que es ante todo el análisis, el egoísmo y aun la incre-

dulidad.... *Words, words, words* (palabras, palabras, palabras) decía Hamlet a Polonio, como para significar, que las palabras nada valen; el Príncipe se atenía a los hechos para su trágica venganza.

La vida ordinaria de Shakespeare presenta el mismo contraste de sus héroes, es decir, que en ella se mostraba tan inspirado poeta, como hombre ejercitado en los negocios. En el momento en que el gran escritor escribía el monólogo de Hamlet, compraba por 200 libras 107 acres de terrenos de Old-Stratford; allá por 1604 hacía vagar al Rey Lear en medio de la tempestad, y demandaba a Felipe Rogers el pago de una libra, diez peniques, precio de trigo que le había comprado y no le pudo entregar; en 1605, sueña con lady Macbeth y aquella mancha de sangre incapaz de ser lavada con las aguas todas del océano, y al mismo tiempo arrienda los derechos de Stratford, Old-Stratford, Rishopton y Wilcombe. He aquí al anglo-normando, con las dos partes de su alma y de su vida, una soñadora y la otra realista, sin que el ensueño perturbe la acción enérgica del hombre avezado a la lucha.

Los mismos caracteres del drama se distinguen en la novela inglesa. La vida real, sentida, vivida, observada con amor, sin exageraciones ni estrecheces sistemáticas, la manifestación natural del alma humana en su medio, participando de la solidaridad social; por consiguiente, el desarrollo de los sentimientos, de las pasiones, o de la acción tranquila, su encadenamiento y efectos felices o desgraciados y la moral consiguiente; he aquí la trama y la substancia de la novela inglesa, obra de psicólogo, moralista y observador sincero, con tendencias prácticas y que permiten al autor escribirlas con la misma calma y tranquilidad del comerciante que factura una venta. Así, el célebre poeta y novelista Walter Scott, cuando en medio de su mayor fama y gloria tuvo la pena de ver en quiebra a la casa editora de sus obras, haciéndole perder su fortuna, sin desanimarse por ello,

aunque enfermo, apeló a su musa, como a una hada que brinda inagotables tesoros, y se puso a escribir con toda calma una nueva serie de novelas para pagar sus deudas y reponer sus bienes: es el genio celta-sajón, que tan bien sabe adunar la más pura inspiración idealista con el crudo realismo de la vida práctica.

Concluiremos este imperfecto bosquejo de psicología social con las siguientes juiciosas observaciones de Alfredo Fouillée: "Incomparable por su industria, su comercio y su expansión colonial, como por sus tendencias a la vida práctica de un gobierno libre, admirable por su poesía y su literatura, como por su movimiento científico y filosófico, la Inglaterra no ha hecho, sin embargo, por la elevación del género humano lo que Francia, Italia y Alemania; ella se ha preocupado poco de hacer triunfar las verdades que ha podido descubrir; la propaganda en favor de "sus principios" no es de su gusto. Pero sí ha dado al mundo un maravilloso ejemplo de libertad y actividad; y muchas veces valen más los ejemplos que los preceptos. Bismarck ha pretendido, que en Europa, todo lo que es germano, es elemento viril; la dulzura, la generosidad, la bondad, son a sus ojos, cosas femeniles. ¿Es esto cierto, y, por otra parte, tienen los sexos que ver en ello? La verdad es, que hay pueblos intelectuales y pueblos de acción; todos son necesarios a la humanidad. Si la personalidad es una fuerza, también lo es la impersonalidad; el sentido práctico tiene su precio, la generosidad también tiene el suyo, y en sus aparentes locuras está a veces su sabiduría. Algunos pueblos se han prendado de un ideal universal y humano; Inglaterra ha preferido llevar a la práctica por la grandeza y la expansión de su propia raza, la orgullosa divisa que una ciudad anglo-sajona grabó sobre su escudo: "Yo quiero" "*I will*".